

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AÑICOS

Alguna vez se ha de escribir con menos gravedad, y hasta en solfa, si se puede; porque las mismas desgracias, en el carácter español, tan pronto determinan quejas como provocan humorismos. Y si aquí vamos á aguardar, para adoptar tono festivo, á tener razones suficientes de contento, Jeremías sería á nuestro lado un Mesejo ó un Carreras. ¡Ea!, á mal tiempo buena cara, y hagamos de tripas corazón para referir nuestras últimas calamidades.

¿Calamidades he dicho? Sí; y no obstante, existe una honrada clase española sobre quien graniza Dios bendiciones, en forma contundente, ora de peladillas de arroyo, ora de meteoros acuosos más duros y más gordos que las propias guijas. Se adivinará que esta clase escogida y favorita de la Providencia son los vidrieros. No creo fácil averiguar por qué merecimientos especiales se han hecho acreedores á tanto beneficio: no en vano se dice que los designios de la infrascripta Providencia son misteriosos, inescrutables, y también que la fortuna, esa ciclista prehistórica, dedicada á pedalear desde los tiempos más remotos, usa una venda espesísima, que sólo se quita para prestársela á los gobernantes.

Quevedo escribió «La hora de todos y la fortuna con seso» lo cual indica que la fortuna, que hace tiempo no nos gobierna, tuvo seso siquiera una hora. Excepto esa hora, que para los vidrieros ha sonado, veremos á la fortuna siempre de cabeza, hecha una pensionista del doctor Simarro, y no de Ezquerdo, porque los republicanos históricos ni aun con la camisa de fuerza logran atrapar á la fortuna. Métense á vidrieros, y ellos me dirán maravillas.

Los vidrieros atraviesan actualmente su edad de oro. Confabulados el cielo y la tierra, el Señor Dios que mueve su carro ligero y reluciente entre las nubes y la Liga de Productores de Zaragoza, han resuelto no dejar en España vidrio sano, ya que de los huesos se habían encargado los yanquis, ni cortos ni perezosos en la faena. Madrid, después del pedrisco, se quedó como un miope á quien le destrazan las gafas, como un gomoso á quien le pulverizan el brillante *monocle*. Pena causaba considerar aquel estrago, y únicamente se templaba el dolor al acordarse de los vidrieros consabidos. Cavilarían ellos oyendo rebotar el descomunal granizo: «Ahí me las den todas, y así me las diesen cada semana.»

\*\*

Sólo en mi casa, doscientos cincuenta vidrios cayeron en fragmentos menudísimos, con estrépito horroroso. Y nótese la ventaja de la artillería celeste sobre la artillería callejera é insurreccional. Dificulto que los amotinados, con sus almendras de cuarzo, puedan nunca batirle el *record* á las nubes con sus buches de agua en estado sólido. ¿A que los alborotadores no rompen en media hora, en un inmueble modesto, doscientos cincuenta vidrios enteros y diversas fracciones ó hendeduras de otro?

Yo digo que si continúan los númenes y los hombres gastando chanzas así, y cargando el peso de su enojo en lo más frágil de lo que está á la vista, en el vidrio, inocente víctima de las discordias civiles y de los fenómenos meteorológicos, habrá que pensar en retroceder unos cientos de años (maniobra que practicamos sin gran esfuerzo) y recurrir á las vidrieras emplomadas, ó al papel untado de aceite, ó á la sencilla y fuerte reja, tan poética, sobre todo si la enrama el jazmín. Como los norteamericanos son el mismísimo demonio, yo apostaré que enterados de la inestabilidad de las cosas humanas en general, y de los vidrios españoles en particular, inventan un metal transparente, lo tejen, y nos remiten un millón de yardas por el primer vapor, á fin de asegurar el orden público y prevenir los catarros, recrudescidos por las corrientes de aire. Todavía verán ustedes cómo no es á los vidrieros, sino á la raza anglo-sajona, á quien van á reportar lucro nuestros vidrios rotos.

Tienen de bueno estas ocurrencias que descubren primores y arcaicidades del habla castellana. Ahora alcanzo yo por qué el Diccionario enseña que *levantarse el granizo* significa *originarse pendencias y desazones*. En otras épocas se juraría que la estupenda granizada fué anuncio y señal de lo venidero. Bien claramente nos avisaba el cielo de que cerrásemos las maderas é hiciésemos acopio de cristales por lo que pudiese tronar. Cierzo que el aviso fué peor que el daño, y preferible la enfermedad al remedio, pues mientras el pedrisco atmosférico sólo en una casa hizo añicos doscientos cincuenta cristales, la granizada económica se contentó con romper diez en todo

Madrid, según autorizadas noticias del propio presidente del Consejo de ministros.

\*\*

Naturalmente, quienes sufren más en casos análogos al del pedrisco, son los edificios que tienen el tejado de vidrio — verbigracia el Senado y el Congreso. — Podrán excusarse alegando que su aspiración era recibir luz de arriba, la cual parece estarles negada; pero lo que consiguieron, ahora se ha visto, es presentar mayor blanco á los tiros de la ira de Dios, única que puede alcanzarlos, pues las pedradas de la calle no llegan á la techumbre. Piensan los padres conscriptos para su faltriquera que no les ha de arruinar el ramo de desperfectos, y ¿quién sabe si aplican irreverentemente á los meteoros acuosos y al que les envía, la célebre frase del baturro al tren en marcha: «Chuffa, chuffa, que como no te apartes tú?..»

\*\*

La verdad es que caen sobre nosotros, á la continua, las plagas de Egipto. Probada tenemos la resignación, ganada la vida eterna, si con trabajos se gana. El programa del invierno dicen que será una subida general de precios, la angustia económica elevada al cubo. ¿No les parece á ustedes que mientras llega el día del Juicio final, debemos hablar de otra cosa?

Asunto alegre, gente que se va satisfecha: los cómicos italianos. Ha hecho su agosto en primavera la compañía Mariani, que atrajo al lindo teatro de la Comedia la flor y nata de la sociedad de Madrid. Esta sociedad, aquí y en todas partes, es caprichosa; la lógica no es su asignatura predilecta. Los autores dramáticos españoles se lamentan siempre de que en castellano no se pueda soltar ni una pulla, ni un equivoco, ni una frase al agua fuerte, y en italiano se diga y haga todo con beneplácito de la concurrencia. Es decir, en castellano también hay libertad, bajo condición de que se hable en broma y en un acto, dos á lo sumo. Los amordazados, aquellos á quienes se les grita, en dramático estilo, «sella el labio», «ten la lengua, ó te la arrancaré», suelen llamarse Echegaray, Guimerá, Sellés, etc.

En justicia debemos reconocer que si á los italianos se les consiente decir lo que gusten, acaso porque se charla en vez de oírles, no se les permite hacer todo lo habitual en mimos, arrullos, besuqueos y zalamerías. Ahí se cortó bastante; se puso el veto á escenas enteras. Por lo demás, las piezas escabrosas de argumento fueron las que llevaron golpe de gente al teatro, siempre concurrido y muchas veces atestado, á pesar del calor. Advertían los italianos: «Cuidado, que vamos á representar algo que tiene sal y pimienta.» Animación, demanda de billetes. Insistían á la otra semana: «Atención, señores, no llamarse á engaño: preparamos una comedia que arde en un candil.» Los revendedores sin manos para despachar. Alzaban la voz, chillaban: «Que ahora sí que *Los Roszono* son un escándalo.» Codazos, empujones, ni un palco vacío, ni sitio para un alfiler... ¡Oh fruta prohibida, y qué sabor conservas al través de las edades!

\*\*

La Mariani es una actriz encantadora. No nos empeñemos en señalarle puesto, en colocarla á tantos escalones debajo de la Dusse, á tal ó cual distancia de Sarah ó de Réjane. Prescindamos de clasificaciones; no nos echemos á perder el goce, los momentos agradabilísimos que la Mariani nos ha proporcionado. La Mariani es la gracia en persona; atrae más de lo que subyuga; deleita más de lo que fascina. Carece de amplitud trágica; á sus manecitas torneadas no les caería bien el puñal de Lady Macbeth, la copa de veneno de Lucrecia Borgia. Hay en su figura seducción, monería, algo simpático que cautiva el alma — no hay majestad, ni esa fuerza terrible que adquiría por momentos la faz de Adelaida Ristori. — El triunfo de la Mariani es, pues, la comedia con situaciones dramáticas, en las cuales la ternura y la sensibilidad bastan para conmovir. Nunca amanerada, sencilla y dulce casi siempre, donosa y coqueta sin esfuerzo, la Mariani es del número de esas artistas que no fatigan aunque se las oiga muchas noches seguidas: no conociendo la afectación, jamás nos hace conocer el fastidio. Llena la escena, y al mismo tiempo no la obstruye; deja sitio á sus compañeros; no se los traga.

Por eso lucieron bien sus facultades y concurrieron á hacer tolerables y hasta gratas producciones á menudo vulgares é insípidas, artistas que no aparecían precedidos de estruendosa fama, como el carac-

terístico Paladini, que sin embargo, en ciertos papeles — por ejemplo, el *Alfo* de *Cavalleria rusticana* — considero que llega al ápice de la perfección. Paladini es un artista sobrio, sin desplantes; casi no alza la voz; acciona poco; expresa con la cara y los ojos, evitando descomponer las facciones; no abusa de la movilidad que en actitudes y fisonomía les viene de casta á los italianos. Su juego, ceñido, contenido, libre de énfasis en el ademán como en la dicción, confieso que es de lo más serio que he visto en arte; de lo más hondo. Fáltale brillantez, y las primeras veces que trabaja no resalta quizás. Hay que estudiarle en varios papeles y reconocerle el mérito de que se adapta á cada uno, y entra en él sinceramente, á conciencia.

\*\*

Estos actores italianos, y en general los extranjeros, deben de alimentarse con rabillos de pasas, pues su feliz memoria les permite prescindir casi enteramente del apuntador ó *suggestore*. Es de las cosas que más me complacen. En oyendo al apuntador, y milagro que no se le oiga, se agitó la diversión, se disipó la ilusión, se desataron los nervios. ¿Y qué decir, cuando se le ve el brazo, que asoma fuera de la concha?

También he observado en la compañía italiana, y lo observaba igualmente el público, que las escenas de conjunto, sin duda por primor de ensayo, ó por aptitud de las segundas partes, salen como una seda. Un altercado en una casa de juego, lo desempeñaron con tal perfección, que hacía daño. El motín de trabajadores de *La Quiebra*, de Björnstone — motín que pasa entre bastidores, que se oye y no se ve, — da frío y miedo. Y la alegre orgía de *La dama de las camelias* es una filigrana en su género. En nuestros teatros suelen frustrarse tales escenas; carecen de naturalidad; salta á la vista la violencia, lo falso, y se desgracia un drama por lo secundario (como si hubiese nada secundario en arte).

EMILIA PARDO BAZÁN